



## AVISO LEGAL

Artículo: Las aportaciones de Iberoamérica a la nueva comunidad internacional

Autor: Mayor Zaragoza, Federico

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 3, año VII, núm. 39 (mayo-junio de 1993), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Mayor, F. (1993). Las aportaciones de Iberoamérica a la nueva comunidad internacional. *Cuadernos Americanos*, 3(39), 13-26.

<https://rilzea.cialc.unam.mx/jsui/>

D.R. © 1993      Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510  
México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: [cialc-sibiunam@dgb.unam.mx](mailto:cialc-sibiunam@dgb.unam.mx)

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## LAS APORTACIONES DE IBEROAMÉRICA A LA NUEVA COMUNIDAD INTERNACIONAL

Por *Federico* MAYOR ZARAGOZA  
DIRECTOR GENERAL DE LA UNESCO

ESTE AÑO la cita es en Brasil. Por tercera vez se reunirá la Cumbre Iberoamericana, demostrando que no se trata de una inspiración pasajera sino de un proyecto de largo alcance y del entendimiento claro de un aforismo simple pero elocuente: la unión hace la fuerza.

Un proyecto común, una conjunción de voluntades que se consolida y fortalece en el debate abierto y solidario, apoyado desde ahora por este Foro que añade la aportación de notorios representantes del pensamiento de la región al esfuerzo de los líderes políticos.

Nada más apropiado que asociar una reflexión de esta naturaleza al ejercicio responsable de la política. Porque, mucho más allá de la política, la reflexión y la crítica se hallan íntimamente vinculadas al quehacer humano. Es urgente, como nunca, reivindicar y procurar la relación entre pensamiento y acción. Éste es sin duda uno de los rasgos distintivos y ejemplares que el intelectual latinoamericano puede ostentar en otras latitudes, donde es manifiesto el divorcio entre filosofía y experiencia. En pléyade surgen los nombres en cuanto se hurga en la memoria: Martí, Asturias, Vasconcelos, Neruda, Cortázar y tantos otros que, por fortuna, aún están con nosotros y hablan con fuerza a la conciencia del mundo.

Necesitamos luces para entender este fin de siglo, fin de milenio que puede ser el preludio de una nueva aurora o el ingreso en una caverna todavía más oscura y plagada de peligros. Nuestros tiempos se caracterizan por transiciones múltiples y mínimas certezas. Incertidumbres acendradas, además, por el carácter vertiginoso de los cambios. Un orden basado en el predominio de la fuerza —para la mayoría del mundo fuerza ajena— se derrumba, dejando

un inmenso espacio en el que edificar (esta vez sí, esta vez sí con incontables manos) un mundo ahornado a la imagen de la especie humana. Algunos creyeron que había vencedores y vencidos. No era cierto: se hundía, empezaba a hundirse, y aún —icon cuántos andamiajes!— algunos reductos se mantienen hoy obstinadamente aferrados a sus habituales regalías, todo un sistema basado, de un lado y otro, en el dinero. Sólo la libertad salió triunfante y sólo la opresión aborrecida. La paz en justicia y equidad podía ya levantarse sobre el barro. Se empezaban a escribir, trémulamente, las primeras páginas de una cultura nueva. La de la guerra se desvanecía, se borraba. Y la cultura de la paz amanecía. ¡Con cuántas contradicciones! El hombre hacía frente a su propia obra. Como había advertido Heisenberg, el entorno del hombre es cada vez menos natural. El artificio —gracias a la capacidad creadora que le distingue— le rodea hasta tal punto que lo que podía ser parte de sus alas se está convirtiendo en pesado lastre que impide o dificulta el vuelo.

Durante siglos nos hemos preparado para defender territorios físicos: tenemos soldados, armas, estrategias de las conflagraciones bélicas. Y ahora, súbitamente, tenemos que defender ideas, ideales, identidades... de la única forma que se afianzan y expanden los dominios del espíritu: conociendo, comprendiendo, compartiendo. ¿Cómo podríamos de otro modo, con otros supuestos, explicar un siglo que termina maquillado de electrónica pero invadido de extremismos, de violencia, de fundamentalismos? ¿Cómo podemos hablar de concertación y concordia si los prontuarios al uso de la política internacional —radicada en intercambios comerciales y funambulismo financiero— ahondan y amplían los abismos y las disparidades? Y, a escala nacional, ¿quiénes están dispuestos a compartir labor y capa? Hemos avanzado, sin embargo, en la mayor riqueza: en la posibilidad de disentir, de discrepar, de participar, de expresarnos sin reservas; hemos avanzado en la instauración de sistemas democráticos, único marco en que es posible imaginar el cambio que, como única evidencia, sobrevuela hoy todo análisis del presente y toda perspectiva. Un cambio a escala planetaria al que ningún ámbito de la vida física, de la vida cultural y espiritual se sustrae. Cambios, transformaciones que para muchos tienen un significado “milenarista”: nos acercamos al final de la historia.

No pienso que sea el caso de Iberoamérica. Tengo sobrados argumentos para afirmar que éste es un continente en donde anida la esperanza, y se fraguan proyectos de vastos horizontes. Sus po-

sibilidades de éxito ante los retos, descritos por algunos como apocalípticos, residen seguramente en una apuesta que otros no supieron hacer: dar a la cultura todo el rango que le corresponde.

Cambio global en la economía, en las estructuras políticas, en las ideologías, que no deben ocultarse en el embozo de parámetros que se han quedado obsoletos y anacrónicos para reflejar los grandes temas de nuestros días y de nuestro futuro previsible. Una de las señales más alarmantes de la crisis de iniciativas y de la falta de anticipación son las oleadas de emigrantes que van de los países pobres a las ciudades opulentas, en las que no son infrecuentes las manifestaciones de xenofobia y racismo. Y, no obstante, nadie ignoraba ni ignora que un mundo con semejantes desigualdades no podía permanecer estable más tiempo.

Hay quien inevitablemente prefiere mirar hacia atrás. En el pasado, es cierto, residen causas y no pocos remedios. Pero es hacia adelante, por otros caminos y con otros pasos, hacia donde debemos apresurarnos, sabiendo aplicar en beneficio de los muchos y no de unos cuantos el progreso científico y técnico. Porque el problema no está en el avance de la ciencia y del conocimiento, sino en sus aplicaciones técnicas, en su uso. La extraordinaria aceleración científica de las últimas décadas no ha ido acompañada de un avance análogo de la racionalidad política. Bajo el predominio tecnológico, el mundo pierde espesor moral y la noción misma de libertad se restringe y empobrece.

El vuelco que vivimos es de tal magnitud que se impone la acuñación de nuevas categorías para describir flagrantes nuevas realidades. Quienes sigan defendiendo la soberanía de los Estados-nación sin reparar en las dimensiones globales y regionales, o sin tener en cuenta las distintas etnias y culturas, quienes promuevan esquemas racionalistas olvidando el papel importantísimo de las religiones, creencias y tradiciones o sigan sosteniendo que la reivindicación de los "derechos colectivos" deja en segundo plano la de los derechos individuales o que la lucha de clases excluye la lucha por la democracia y la libertad... no serán capaces de comprender que las transformaciones de estos tiempos no sólo suponen nuevas escalas, sino que reclaman nuevas conceptualizaciones. Y, sobre todo, no tendrán los ojos preparados para ser vigías y actuar a tiempo, ni para ver e inventar un futuro común distinto al de las opciones disponibles.

Una lectura basada sólo en la permeabilidad al progreso, realizada por el mundo que se considera a sí mismo como desarrollado, parecería dar razón a quienes afirman que la pasada fue

una década perdida para Latinoamérica. Sin embargo, usando otra clave, podemos apreciar que ha sido un periodo de logros hacia una mayor madurez política, en el que la pluralidad ya no significa distancia sino diálogo, en el que la democracia se siente y extiende por el subcontinente, en el que se abandona el significado de estigma que tuvo el tercermundismo ante el surgimiento de una evidencia infinitamente más compleja: la de que habitamos un mundo para todos, en el que muchas otrora periferias están en los centros y muchos centros en las periferias.

En estas postrimerías milenarias nos percatamos de que ya no es posible hablar de los desposeídos de la tierra o de la marginación del nativo en los términos en que lo hacíamos hace apenas diez años. Ahora se perfilan ante nosotros nuevas figuras como la del desarraigado, la del ‘paria de la modernidad’.

Las fronteras entre el Norte opulento —que carece, en general, de las materias primas pero posee el conocimiento— y el Sur se difuminan y estamos abocados a compartir, además de las plagas endémicas que acompañan al subdesarrollo, los productos —fantasmas y realidades— que exportan los paraísos industriales. Tanto en el Norte como en el Sur se desarrollan las megalópolis con sus grandezas y sus miserias; grandes ciudades en donde, por la carencia de asideros personales y de valores, se vive el horror al vacío, al hastío y la despersonalización; la grisura de las almas que desdibujan aceleradamente, a partir de la peor soledad que es la soledad acompañada, lo que de ‘más humano’ tiene la humanidad: el espíritu y la conciencia de su pertenencia a un todo. El hombre en la cornisa, como gusta definirlo Rof Carballo, en el filo preciso de las luces y las sombras. Ahí está la libertad, ahí la tensión apremiante, creadora, de oscilar entre el sí y el no, entre la duda y la certeza. ‘No se ama de veras más que lo que no se posee totalmente’, escribió Marcel Proust. Por eso se ama la verdad, búsqueda interminable entre la bruma.

Los ahítos, los instalados, pierden perspectiva, se hacen cortos de vista a medida que aumenta su comodidad inmediata. Se hacen dóciles y aprenden a proclamar que las cosas son como son y que no tienen remedio. Su miopía les lleva a dejarse guiar por las ‘leyes del mercado’, como si las transacciones y las reglas que las rigen fueran extraterrestres...

El cambio implica disconformidad, empezando por uno mismo. Ser capaz de renunciar, de reflexionar, de escuchar. Saber tener el coraje de corregir, de discrepar, de insistir, de hacer borrón y cuenta

nueva aunque nos duela el alma; saber decidir o arreciar la presión cuando la demora podría acarrear efectos irreversibles.

Tonos sombríos pero esperanzados para describir los rasgos de una civilización fatalmente globalizadora. Y, sin embargo, por fortuna existen los matices y las diferencias capaces de desencadenar procesos muy variados y abrir perspectivas de confianza en un porvenir luminoso. Se superará un Occidente en el que se ha llegado al paroxismo de la individualidad, en el que existe una orfandad fruto de la ausencia de utopías solidarias, en que filósofos como Cioran proclaman que la única perspectiva para el arte consiste en sentarse a administrar el tedio.

En Iberoamérica los volcanes todavía arrojan fuego y no hay lugar para el aburrimiento. ¿Cómo hacerlo sin sentirse movido, conmovido, frente a todo lo que queda por resolver? Remediar la pobreza y la miseria, aliviar las desigualdades, la ignorancia, el rezago político.

En Iberoamérica, cruce de trayectorias, mezcla de pueblos y de tiempos, la vigencia del pasado posibilita la construcción de un futuro original y propio, posibilita la opción deliberada para seguir adelante sin necesidad de emular a maestros que actualmente dan señales estrepitosas de cansancio. Tal vez la elección de un progreso lineal y acrítico, tal vez el espejismo de una modernidad percibida como meta suprema han llevado a esta sensación de fracaso. Lo cierto es que para muchos pueblos aún es tiempo de hacer un alto en la encrucijada y escoger la ruta. Una ruta en que los apetitos consumistas del llamado primer mundo no hayan hecho estragos, en donde aún no interese acumular, en donde se pueda aspirar a una "prosperidad sobria".

El derrumbe del mito del progreso y las críticas a una vía unidimensional e impuesta de modernidad no invalidan las legítimas aspiraciones a un desarrollo que todo pueblo anhela y que cada cual es libre de definir en sus metas y objetivos, según su propia circunstancia (*circum-stare*: lo que está alrededor). Va siendo hora (intelectuales de esta región ya lo han hecho con brillantez) de desmitificar las bondades de "la modernidad" esculpida por manos ajenas o interesadas, cuando se trata de una mayor capacidad de información, elección y acción en un momento dado. Porque hay "modernidades pretéritas" que aún hoy permanecen imbatidas. Modernos fueron los mayas con sus impresionantes logros científicos y técnicos, modernos los aimarás y los quechuas con sus embarcaciones lacustres de perfección dinámica insuperable, modernas las expresiones plásticas de las culturas precolombinas.

Tendremos, pues, que saber ver las tres dimensiones temporales de una modernidad que asegure la continuidad de la vida en su complejidad y, para ello, como ha dicho Carlos Fuentes, debemos todos cooperar en un nuevo proyecto que no excluya a nada ni a nadie y que pueda ser compartido por todos, sin violentar la tradición cultural de cada cual. Se trata de darle vuelta a esa modernidad y convertirla en un recurso, no en un objetivo único y, además, imitado de otros. No hay que considerarla necesariamente como equivalente de progreso sino, tal vez, como capacidad de asombro. Como la posibilidad de ver con nueva mirada el mundo.

Las culturas iberoamericanas tienen que utilizar los medios modernos a su alcance, pero sin abdicar de la responsabilidad de conservar el "tacto humano", la huella, la evidencia de que el soplo y el genio humano permanecen patentes, dando sentido vital a los instrumentos —que no son más que eso— convirtiéndolos en sujetos de la imaginación, en objetos de un deseo libre y creativo. En otras palabras, todo radica en saber estar al día, pero sin dejar de reflejar, de poner de manifiesto nuestra diversidad, nuestro perfil; en ser contemporáneos sin convertirnos en esclavos de las modas ajenas.

Intelectuales de América: la diversidad sin fin, la unicidad, es nuestra riqueza, nuestra fuerza. La uniformación, la homogeneización, la alienación, son la gran amenaza, fuente de debilidad, de docilidad, de claudicación. Debemos, pues, estar alerta para descubrir los nuevos caballos de Troya; para discernir qué subyace en la pomposamente presentada "modernidad tecnológica" que fomenta la pasividad, el ocio insulso, la despersonalización... y crea islotes de "modernidad" en un océano de miseria. Modernidad que, como dice Carlos Monsiváis, es la gran disculpa, la sombra cómplice de las destrucciones urbanas, de las depredaciones ecológicas, de los soberbios edificios magníficos echados abajo para construir rascacielos, de los bosques y ríos sacrificados a la voracidad industrial. Ser moderno es ir con el siglo. Y el siglo sólo confía en lo rentable. Ser moderno, en la práctica, es adecuarse mentalmente a los ritmos del mundo unipolar.

Pero, como me he esforzado en subrayar, existen otras maneras de ver la modernidad. Si por ello se entiende la liberación de las fuerzas creadoras, de la energía social, la participación, la interacción y el diálogo, entonces está claro que es en la obra de los grandes literatos, los grandes creadores, en donde hallamos la inspiración y la orientación necesarias para las transformaciones que imperativamente debemos realizar antes de que se produzcan puntos

de no retorno. Los caminos de la modernidad pueden ser múltiples, pero irremisiblemente tienen que pasar por un cruce común: el de la democracia que a todos dé voz y a todos dé cabida, sabiendo, como se sabe, que hay que resolver cuanto antes el falso dilema entre el ser moderno o el ser tradicional.

¿Habrá que elegir acaso entre la herencia y la innovación a sabiendas de que la capacidad para afrontar los desafíos de nuestro tiempo implica una sabia combinación de ambas? ¿Por qué renunciar a la mezcla, a la encrucijada, al crisol cultural en que se sintetiza nuestra historia, si es en esta urdimbre en donde Iberoamérica encuentra el gran resorte de su creatividad y su elocuencia?

La necesidad de industrialización, de avances tecnológicos y científicos, de mejoras en nuestras comunicaciones, de organizar la participación democrática, de lograr la eficiencia en el trabajo, constituyen objetivos que deben ser alcanzados a través de diversas vías libremente escogidas, con diferentes métodos, a través de diferentes modos de vivir, de producir, de consumir, de educarse y de crear cultura.

Hablé antes de esperanza en el futuro de Iberoamérica. El principal argumento reside en la vigencia de sus culturas. Lo dije porque ésta es, precisamente, la piedra angular de todo intento de desarrollo. Llegamos así al corazón de las cuestiones que nos convocan. Sólo a partir de él podemos explorar soluciones a los problemas que nos afligen a unos y otros. El cruzamiento de estos dos factores, cultura y desarrollo, nos ofrece pistas insospechadas para superar obstáculos hasta ahora infranqueables por todos los que, desde adentro y desde afuera, vieron el desarrollo como una simple operación de crecimiento económico. De hecho, ahora sabemos que si la cultura y el desarrollo no marchan simultáneos en la misma dirección, ambos se condenan mutuamente al fracaso.

Es la cultura la que da solidez al desarrollo y lo hace duradero. Cuando el desarrollo naufraga, también la cultura cae en el declive, o en la tentación de aislarse y de parapetarse en la autarquía o incluso en la violencia. Si en múltiples casos no han podido alcanzarse los objetivos de desarrollo, se ha debido, entre otras razones, al problema de haber subestimado la importancia del factor humano, de esa red compleja de relaciones y de creencias, de valores y de motivaciones que forman el sustrato mismo de la cultura. Sin la adhesión del espíritu, hay poca esperanza de que la voluntad, la imaginación y las energías se liberen y aporten al esfuerzo de desarrollo de los recursos y el dinamismo necesarios. Ésta es opinión de Javier Pérez

de Cuéllar, el ilustre peruano que mucho ha observado el mundo y más de una vez ha sido testigo privilegiado de sus tropiezos. Su reflexión indica, sin ambages, hasta qué punto la cultura ha accedido a un primerísimo rango de la agenda política y, más aún, constituye una condición básica para la preservación de la paz y de la seguridad.

Elevando a este rango los valores culturales, los países de rai-gambre ibérica-africana-indoamericana que han dado sus rostro a este continente se constituyen, por ese solo hecho, en punto de influencia para otras regiones del mundo donde, por ignorar su patrimonio pretérito, se ha perdido la brújula que podría orientar su futuro. Vivir la diversidad conjuntamente, cotidianamente, sabiendo que el pasado no es nuestra responsabilidad, sabiendo que lo es el futuro, nuestro supremo compromiso.

La primacía de la eficacia y la eficiencia ha hecho desaparecer de muchas culturas todo remanente de enigma y de misterio, toda interrogante en la esfera de las ideas relativas al sentido de la vida humana, a lo sagrado, al origen y sentido del cosmos. La civilización técnica no se ocupa de esos valores, los trivializa, tiende a desconsiderarlos. La erradicación del sentido de misterio, de la aceptación de lo ignoto puede conducir a negar la posibilidad de todo enigma a escala personal y colectiva. Y, no obstante, una tradición es tal cuando encuentra y da sentido, cuando ostenta valores vitales que pueden ser hablados, descifrados, interpretados, puestos en crisis, rescatados.

¡Ah!, cuando el "hondo pozo nuestro" deja de atraer nuestra atención o nos da miedo acercarnos al brocal, asomarnos, reflexionar y alcanzar nuestras propias conclusiones (provisionales), nuestras, no prestadas... Sólo si somos capaces de ensimismarnos podremos "entimismarnos", como diría Santiago Genovés; podremos conocernos, conocer. Saber que nuestra cultura no es un molde recibido, inexorable, intransformable; que también la cultura forma parte de nuestra voluntad y nuestro trazo; que es consciente posesión mutable.

La gran responsabilidad de Latinoamérica, en nuestros días, reside en activar la capacidad intelectual e imaginativa para convertir sus culturas en motores que impulsen los deseos de sus pueblos, en tener la entereza para seguir siendo ella misma sin dejarse engullir por la oleada masificadora. Al fin y al cabo se trata de una cultura, de culturas muy fuertes que, aunque con variaciones y matices, comparten una ligazón lingüística ibérica permeada de valores que nos

unen y articulan. Recordemos, por ejemplo, que aunque 1521 fue en España el año de la derrota de los comuneros en Villalar, muchas de sus creencias cruzaron hasta América, entre ellas su apego a la organización comunitaria como fuente primaria de la legitimidad del poder. Estructuras parecidas, aunque no idénticas, se encontraban entre los indígenas de América. Mucho de eso queda en el comportamiento de nuestros pueblos y les ayuda a paliar los embates de la indigencia y el aislamiento.

Cuando excluyen, las culturas pierden. Cuando comparten, las culturas ganan. Frente a los dirigismos y los exacerbados cánticos a la pureza cultural los iberoamericanos contamos con varios siglos de manifestaciones pluriculturales perfectamente integrados dentro de un marco compartido. Sabemos de sus orígenes, a veces ásperos y con desgarros. El pasado de pluralismo iberoamericano es largo y de él se guarda una memoria intacta. Es nuestro mayor patrimonio. Pocos lugares hay tan ricos en ingenio atesorado como estos territorios con sus historias recientes y remotas.

De las propias fuentes en que abrevan nuestras culturas deben surgir las fórmulas que nos den la clave de una verdadera cooperación evitando la explotación; de una interdependencia que no hiera nuestra independencia; de una legalidad que no admita la impunidad. A todo eso podemos aspirar a partir de la base misma de nuestra participación en la historia, es decir, a partir de la continuidad cultural de Iberoamérica, que debemos preservar como el mayor de los bienes. Una base firme en la diversidad y en la alteridad (o la "otredad") impedirá que surjan las violencias nacidas del choque entre los que pugnan por reconocimiento e igualdad y los que defienden identidades inmóviles. Los primeros intentan articularse en la sociedad civil, los segundos procuran impedir el cambio. Las instituciones tienen que ser capaces de seguir estos procesos, para convertir los ímpetus en fuerza creadora.

¿Puede la cultura hacer de un conglomerado contradictorio y potencialmente violento una sociedad civilizada? Avancemos una respuesta afirmativa. Existen todos los elementos para pensar que estamos presenciando en esta región la conformación de sociedades donde la creatividad y la equidad pueden convivir y, más aún, sustentarse una a otra en un clima de democracia. El proceso tiene que seguir por esta vertiente si se quiere evitar la contraria, la del caos y la desintegración. Preciso es darse cuenta de que, sobre todo en el ámbito urbano, los riesgos son atroces. No se necesita mucha imaginación para ver lo que está pasando en las megalópolis sobre todo

del mundo desarrollado. Y, sin embargo, también en este campo, es preciso ver con más discernimiento lo que sucede en las urbes latinoamericanas. En aras de la supervivencia y de la convivencia, sus habitantes han buscado, y muchas veces encontrado, soluciones imaginativas para los graves problemas cotidianos.

En las ciudades se están dando fenómenos de enorme trascendencia, como el surgimiento de movimientos ciudadanos que denotan, acaso, un proceso de emergencia popular. Movimientos que tienen que ver con la condición de pobreza en que se encuentran amplias capas de la sociedad y que se diversifican y son, casi siempre, policlasistas que no responden a tipificaciones ideológicas, sino que son más bien portadores de sus propios valores, pacientemente hilados en un telar de culturas seculares. Hay que echar un vistazo a la inmensa periferia de la ciudad de México. Hay que ver lo que es la ciudad de La Paz, en donde sin ignorar los fenómenos de marginación y las carencias, se inventan nuevas formas de vida, se realizan transacciones de todo tipo, se amasan relaciones entre etnias que antes vivían distantes, se crean hibridaciones, se anudan solidaridades.

Lo típico de esos movimientos sociales es que se apoyan sobre sus diferencias. En ello consiste su riqueza y, tal vez, sin saberlo, su impulso democratizador.

Aparte de los étnicos, también hay movimientos feministas, ecológicos, de vecinos, de consumidores, que pugnan por sistemas más adecuados de representación, es decir, más democráticos.

Aquel que se moviliza para consolidar la democracia interna está en su derecho de exigir algo semejante a escala internacional. Por ello, Iberoamérica aspira y pugna por un sistema multilateral y bilateral más justo, en el que reconoce implícitamente la inevitabilidad de la interdependencia, pero rechaza, en cambio, las interferencias. América Latina ha sido un continente abierto. No podemos olvidar que estos países, las naciones con un pasado colonial, han participado de manera fundamental en el ensanchamiento de las libertades y de las culturas. Han sido los primeros en defender con fuerza el derecho de autodeterminación y su soberanía. Han sido pioneros en el reconocimiento de su diversidad cultural y étnica y en la afirmación de su pluralidad, así como en la afirmación de sus valores propios, de raíz no occidental. Han sido capaces de crear, en el campo de la ciencia y del arte, obras inigualables y originales. Ésos son logros de Iberoamérica, logros de sus sociedades. Cuesta trabajo, por lo tanto, que la presente generación vaya

a abdicar de sus expectativas de una vida mejor, más digna y más humana. Por lo demás, la historia de la región enseña que los momentos de avance y consolidación obedecieron más a la capacidad de iniciativa, de adaptación y respuesta de actores locales, que a los modelos definidos por fuerzas exógenas. La tensión entre sistema mundial y respuestas locales continuará dinamizando la voluntad hacia la búsqueda de soluciones propias.

A las instituciones internacionales corresponde “acompañar” los procesos nacionales de desarrollo y modernización, pero nunca dar recetas, modelos, prescripciones. Y, menos aún, imponerlos, porque cada comunidad debe hallar soluciones específicas para sus problemas específicos. Las fórmulas “todo terreno” han sido grandes fracasos. En el mejor de los casos, han mejorado algunos rubros necesarios para el crecimiento económico. Ahora, a la vista de los magros resultados obtenidos en general, convencidos de que no hay más desarrollo que el desarrollo humano, ni mayor riqueza que su talento, tienen que abordarse los objetivos sociales. En la nueva época que alborea debemos tener menos cuarteles y más bibliotecas, más maestros, más científicos, más creadores... Y tendremos que saber cada uno valor y precio. Y no sólo el precio.

Es posible saber a estas alturas, con base en la tendencia globalizadora, que Iberoamérica no llegará a ser, afortunadamente, el principal escaparate de la oferta con fines puramente consumistas en el mercado internacional. Pero tampoco importa, porque si para avanzar tales metas se olvidara de su verdadera riqueza, invalidaría la más valiosa aportación espiritual que puede dar a un mundo que tiende al abandono de las ilusiones. Esa riqueza nació del choque doloroso entre las culturas tradicionales y las externas, pero de él surgieron nuevos retoños que hoy dan frutos reconocibles. Ignorar los valores autóctonos —insisto en ello— sería renunciar a lo mejor que ha heredado nuestra comunidad. Una comunidad forjada con un *continuum* de culturas y sensibilidades esencialmente vinculadas por dos poderosos idiomas que, como dijo Nebrija, envuelven a un “cuerpo moral de gente”, a una comunidad espiritual extraordinaria, llena de divorcios y reconciliaciones, encuentros y grandes pérdidas, milagros cotidianos, afinidades y desemejanzas, pero esencialmente amalgamada en espíritu y aspiraciones.

Entre el Norte y el Sur, Iberoamérica configura las nuevas fronteras culturales hacia el tercer milenio. Busca perfeccionar su propio proyecto de modernidad de manera que incluya a los vencidos

y a los olvidados y que cree nuevas solidaridades al desarrollar la plena ciudadanía.

La nación, ya plural por su historia, lo es, de ahora en adelante, por un acto de voluntad de ciudadanos con igualdad de derechos, de ciudadanos que se unen y se reúnen en el interior de sus tradiciones y las transforman para vivirlas en el presente y proyectarlas más allá de él.

Señor Presidente, señoras y señores: Guatemala, Iberoamérica, el mundo entero, cuentan hoy con un acicate, un estímulo particularmente exigente y emotivo a la vez: se llama Rigoberta Menchú, Premio UNESCO 1990 de Educación para la Paz, Embajadora de Buena Voluntad de la ONU, Premio Nobel de la Paz ... su trenza, en este Año Internacional de las Naciones Unidas en favor de los pueblos indígenas, es símbolo de este nuevo tejido que en el telar de todo el mundo se espera con anhelo. No será destrenzando, no será separando hebras que recorreremos nuevo caminos en armonía. Aquí, en esta tierra de todas las aves y colores, dije un día que el quetzal, en su alto vuelo, sólo vio un pueblo: el pueblo guatemalteco integrado por indígenas, mestizos, blancos. Un día el hombre voló más alto todavía que el quetzal, con las alas de su propio ingenio. Y vio, trémulo de emoción, lo que ya era certeza en el pensamiento: que todos eran uno, "que todos nacen libres e iguales"... Todos diferentes, todos unidos por el hilo conductor de la diversidad, todos únicos. ¡Libres e iguales! Y sin embargo, luego separados, aislados, sin saber compartir la despensa de la Tierra, sin saber conocerse, reconocerse, darse la mano, amarse. Y se erigen los tabiques, las demarcaciones, las fronteras. Y la mayoría resulta oprimida y dispar.

La paz no es silencio de las armas; es justicia y significa por tanto la eliminación de la pobreza, el hambre, la conformidad, el desamparo y la ignorancia. La paz no es un objetivo final: es el punto de partida para un desarrollo integral y equitativo que obtenga la mayor eficacia del trabajo común, del esfuerzo colectivo, de la inteligencia humana.

¿Podrá la fuerza de la razón prevalecer sobre la razón de la fuerza? ¿Podrá la memoria del futuro superar la memoria del pasado y la desazón del presente? ¿Seremos capaces, sin violencia, de revisar las cuentas? ¿Y de tener presente aquella formidable sentencia de santa Teresa de Ávila: "Manos que no dais, ¿qué esperaréis?"

Nunca más violentos, nunca más silenciosos. Tendremos que saber decir palabra. Y tendremos que saber tenerla. Nunca más violentos, pero nunca más dóciles. Insurgentes en favor de la libertad de expresión sin restricciones, premisa de todo orden democrático, único marco en el que se consigue, con tesón, que no se repita lo que no debe repetirse. Ser radical en favor de la democracia puede evitar los extremismos que luego se oponen a ella.

Ojalá sea esta Cumbre de Intelectuales un punto de inflexión. Ojalá constituya una importante contribución a una nueva cultura, la cultura de la paz, cuya primera página trémulamente empezamos a escribir en este fin de milenio.

¿Sabemos el precio de la paz? ¡Llevamos tantos siglos en los brazos tan sólo los instrumentos de la guerra! Ojalá sea la sociedad civil la que, de una vez por todas, tome el timón y ya no lo deje. Como Borges en su último poema, "Los conjurados", Augusto Monterroso piensa que es imposible que no haya en alguna buhardilla de París, Madrid, México o Buenos Aires pensadores urdiendo nuevas formas de organizar el mundo, de acuerdo con la experiencia pasada. ¡Las nuevas ideas que hoy reclama el mundo! Ideas e ideales que dan sentido a nuestra vida. Las nuevas ideas —que en ocasión resultan ser las viejas— no pueden demorarse. Hay una razón de apremio. Hay, como antes decía, una ética del tiempo. Y tienen, como la luna en el verso de Pessoa, que verse desde todas partes y reflejarse en todos los estanques, desde los más pequeños hasta los más grandes. En otro caso, las mismas ganas de borrar de siempre, los mismos intereses, las mismas sordinas, no nos dejarán contemplarlas ni escucharlas:

Habrá que apresurarse:  
entretanto, ha transcurrido  
un día más, un día menos  
para construir  
nuevas riberas  
de amor y de ternura,  
para hacer todos juntos  
lo que sólo con dinero,  
por dinero,  
no se haría...

Es tiempo de acción, es tiempo de abrir puertas y ventanas. Es tiempo de reconciliación a todas las escalas: casa, aldea, pueblo, ciudad, país y continente, Tierra entera. Es tiempo de tenacidad

y de firmeza para querer pagar todos juntos la factura de la paz, como hemos tenido que pagar por separado las facturas de la guerra. “La obra no es de un día, ni de un hombre, ni de un pueblo”, advirtió Miguel Ángel Asturias en un artículo publicado en 1929. Y dijeron los progenitores, los creadores y formadores, que se llaman Tēpeu y Gucumats: “ha llegado el tiempo del amanecer” y sigue el *Popol Vuh*, libro sagrado de los mayas: “Que todos se levanten, que se llame a todos, que no haya un grupo, ni dos grupos de entre nosotros que se quede atrás de los demás”.